

ÓSCAR BAZÁN RODRÍGUEZ

El vendedor de mariposas



Morpho menelaus



Cethosia biblis



Eurema smilax



Troides hypoleitus



Troides helena cerberus



Danaus melanippus



Thyridia psidii



Gynthia carlei

**El vendedor
de mariposas**
ÓSCAR BAZÁN RODRÍGUEZ

izanaeditores

Narrativa izana

Colección dirigida por Justo Sotelo

© ÓSCAR BAZÁN RODRÍGUEZ, 2014

© Diseño de cubierta: LARA BOTO

© Ilustración de cubierta: LARA BOTO

©AMBAMAR DEVELOPMENTS.L., 2014

www.izanaeditores.com

Avenida de Machupichu, 17-3 28043 MADRID

Tel.: 913880040

e-mail: izanaeditores@izanaeditores.com

ISBN: 978-84-942607-0-4

Para los que han buscado luz en la noche.

“Era un cuerpo tan maravilloso
que se desvaneció entre mis brazos.
Besé su huella; mis lágrimas la borraron.
Como el agua continuaba fluyendo,
dejé caer en ella un puñal,
un ala y una sombra.”

LUIS CERNUDA

Índice

Prólogo El vendedor en Lima

1. El oficio

2. María, Scheherazade

3. Rosas en las avenidas de la muerte

4. El cuchillo que quiso perforar un corazón

5. El corazón sobre la mesa

6. Búscame en primavera

PRÓLOGO

El vendedor en Lima

En mi segundo viaje a Perú, conocí en el avión a un hombre que súbitamente se interesó por el motivo de mi viaje. Por educación le devolví el interés y me dijo que estaba de camino a Lima por negocios, y que iba a pasar en la ciudad no más de tres días. También me informó ante mi creciente curiosidad que su trabajo le llevaba a muchas partes del mundo. Me dijo que era vendedor, y usó esa misma palabra, tal y como me la he imaginado en las siguientes páginas, con el tono de quien ofrece la llave de un secreto. Sin embargo, cuando le pregunté por aquello que vendía, se limitó a sonreír ya mirar hacia otra parte. Lo que sigue es la historia que le he inventado. Todavía hoy me pregunto qué era lo que llevaba en ese maletín que guardaba con tanto celo...

“Ah si uno pudiera entrar en su pasado como un gángster
el cigarrillo en los labios,
el dedo en el gatillo...”

JESÚS FERRERO

“Allá, allá lejos
Donde habite el olvido”

LUIS CERNUDA

1

El oficio

Fue bajo el letrero de *Respaldo* donde le di el primer beso. Yo acababa de entrar en este oficio de vendedor con una inseguridad que me mantuvo vagando sin rumbo por las calles de Lima. A esos paseos pronto se le unió la melancolía de no tener destino; el ver siempre el mar, desde el púrpura más grumoso hasta el anaranjado estallido de la tarde. Asimilaba sus colores pensando en que un hombre no valía nada sin un propósito. Siempre terminaba en algún banco del paseo marítimo, aguardando a que el sol se pusiera y viendo un mundo joven circular a mi alrededor, vedado a pesar de mi propia juventud.

Algunos compañeros de trabajo no dejaban de felicitarme cada vez que me veían por mi temprano ingreso en su célula. El vendedor más joven desde que la empresa iniciara su andadura. El niño de ojos negros. El que había vendido su sonrisa. El bebé. Tenían mil apodosos para mí. “No importa lo valioso de lo que uno venda, algunas personas lo rechazarán siempre. La venta de algo es difícil. Hay que saber engañar un poco, disfrazar las verdades con una apariencia más atractiva. Pero nuestro caso es diferente. No debemos insistir. No debemos ofrecer más de lo que hay. Nuestro trabajo termina en ese punto”. Eso fue lo que Ramón me dijo el primer día. Supongo que me vio perdido. No habría sido capaz de ocultar mi desconcierto por aquel entonces de todas formas. Estoy convencido de que rondaba entre aquellas mesas como un ratón atrapado en un laberinto.

Ramón me observó durante unos minutos para luego acercarse con una sonrisa. Me agarró del brazo, creo que hundió su pulgar en mi muñeca para sentir mi pulso. Así aguardamos hasta que me soltó. Yo estaba demasiado aturdido como para decir o intentar algo. Notaba que en lugar de mi brazo ese hombre había aferrado mi corazón, y que lentamente lo estaba frenando.

-Eres el amigo de Juan, ¿verdad?-me liberó y esbozó la más amplia de las sonrisas-. No te preocupes. Todos pasamos por esto la primera vez. Con el tiempo aprenderás a caminar tranquilo entre nosotros. No somos diferentes de cualquier otra persona.

Juan me introdujo en este oficio, siempre me había llamado la atención ese muchacho. Coincidimos en un par de clases cada semana, pero nunca pensé que llegaríamos a convertirnos en amigos. Solía sentarse delante de mí, y de vez en cuando me dirigía miradas risueñas, de ojos chispeantes, mientras se mesaba su barba rubia y descomunal. Tenía la impresión de que siempre quería decirme algo, pero callaba, aunque no por timidez; su reputación de

mujeriego era bien conocida en todo el mundo estudiantil. Un día se acercó y me preguntó mi nombre. “Adriano”, le respondí. Se quedó observándome, y lentamente asintió con la cabeza. “Eso había oído, que tenías nombre de emperador”. No supe qué responder. Él me pasó un brazo por el hombro, y me atrajo hacia sí. Le llegaba a la altura del pecho. “¿Ya has pensado qué vas a hacer cuando termines la carrera el año próximo? Todavía no estaba seguro, pero él ya había decidido. Desde entonces tacho la “o” de mi nombre a veces, cuando me canso de ser un emperador.

-Todo irá viento en popa mientras te mantengas humilde -prosiguió el jefe-. Para empezar, olvídate de cualquier trato preferente por tener estudios. Aquí, la universidad no es más que piedra antigua, ¿entiendes?-A pesar de la sonrisa, aquello me sonó a amenaza. Palidecí -¿Tienes mujer?

Negué con la cabeza. No sabía qué importancia podía tener aquello.

-Los vendedores como nosotros nunca estamos quietos. No te aconsejo ninguna relación amorosa mientras trabajes aquí. Cuando estés en el culo del mundo, ella se casará de esperar. Siempre ocurre.

Recuerdo lo que ella me dijo cuando nos separamos la primera vez, lo que tanto me estremeció. Apenas habíamos intercambiando un par de besos, pero guardaban en su sustancia la luz y la promesa suficientes para que no me quisiera dejar ir. Bajo las luces encendidas y amarillas de *Respaldo* me dijo que estaría bien mientras tuviera un lugar desde el que escribirme.

-Lo vas a pasar un poco mal hasta que te habitúes a las herramientas de venta. Son técnicas necesarias, pero no fáciles de aprender- Ramón me indicó que le siguiera- nuestro producto se vende bien; es importante. Tú tienes que ser el primero en convencerte de eso, pero en ocasiones la gente cree que puede conseguirlo en cualquier otra parte, y nos desprecia sin más. Allá ellos-me arrastró hasta

la puerta de uno de los despachos, hundido al fondo. Recuerda que tu trabajo es presentar bien el producto, no insistas. No intentamos curar la estupidez humana, Adriano-se rio con fuerza. Traquetearon sus pulmones como una máquina vieja de vapor.

-Es Adrián-repuse.

-¿Cómo dices?

-Prefiero que me llamen Adrián.

-Mucho mejor. La pedantería de los nombres italianos me enferman- sus ojos marrones centellearon desde una cueva lejana y oscura. Una fiera expectante se agazapaba allí- Pero te conviene recuperar el nombre completo cuando estés frente a un cliente. Esas tonterías impresionan.

Me señaló una de las mesas que colindaban con la puerta del despacho frente al que nos habíamos detenido.

-Ahí es donde vas a empezar. Bien cerquita de mí golpeó con los nudillos aquella puerta maciza-pronto comprobarás el trabajo es sencillo, incluso rutinario. ¿Juan te ha explicado cómo funciona esto más o menos? ¿La mecánica?

-Algo me ha dicho.

-No es muy complicado. Aparte de la destreza necesaria para vender, todo es muy fácil. Los nombres de los clientes irán apareciendo en la pantalla de tu ordenador. La primera vez irás acompañado-me miró de reojo y sonrió-. No es que no confiemos, no te lo tomes como algo personal. Ya sé que has tenido que pasar por varios cursillos de mierda antes de poner un pie en esta oficina, pero la experiencia es como esta cicatriz-se arremangó el puño de su camisa y me mostró la estrecha y abultada línea que surcaba su antebrazo, y que nadaba entre las venas como una anguila roja- Siempre la llevo oculta, pero todos saben dónde está.

A ella tampoco le convencían las palabras de nadie. Si le hablaba de la antigua casona que mis padres heredaron del tarado de mi abuelo, inmediatamente quería poner un pie allí, sobre la madera vieja y húmeda. Quería escuchar el rugido del tiempo a cada paso. Decía que tal vez así podría

encontrar las barbas del loco, el rastro de mi abuelo en las esquinas, con la fugaz estela de sus manos aún sujetando soldaditos de plomo, heridos de muerte por la guerra. Si le hablaba de la lámpara de dos pies, fina, casi humana, ella echaba la mano en mi mente para encenderla. Si cruzaban por mi historia las sombras largas de mis padres enseguida se situaba entre las dos, tocaba su piel y olisqueaba sus abrigos, y les preguntaba cómo era pasar tanto tiempo siendo una sombra.

Quería verlo todo. Saborearlo todo. Eso me encantaba. Cuando quise hablarle de mi corazón, me pidió que me lo arrancara y se lo pusiera ante los ojos para sentirlo palpitar.

-Es la experiencia de las cosas lo que vale- decía.

Me acariciaba la espalda como trazando círculos en un cuenco de leche, y luego se chupaba los dedos. Se pegaba a mí, y me besaba lamiendo cada átomo desprendido de mi excitación. Los labios, las mejillas, la frente, los ojos. No le importaba que todos se quedaran mirando al pasar. “Me tienen envidia porque ellos también saben que experimentar es lo único válido. Quieren olvidarse de la muerte, pero no se atreven”. Yo giraba el rostro hacia el mar. La brisa me secaba la piel. “Creo que tienes razón”-le dije. Y los dos aspirábamos el aroma de la sal hasta convertirnos en dos gotas que caían ávidas en el océano. Estuve tentado de preguntarle a Ramón cómo se hirió el brazo, pero el hecho de que me lo hubiera revelado sin apenas conocerme me hizo recelar. Me pareció que se trataba de un acto de intimidación más que otra cosa. Claramente, él estaba esperando a que dijera algo, pero esquivé su pegajosa mirada fingiendo interés en las pálidas mesas que se distribuían en una perfecta cuadrícula. Guardaban un espacio de separación calculado al milímetro, cada una parecía ocupar su casilla en un tablero de ajedrez. Me mareé al imaginarme sentado en uno de esos escritorios. No tendría otro horizonte que las paredes

de papel verde claro, y la blancura asfixiante de los muebles. Las dos únicas ventanas daban a un patio de piedra y al centro tóxico de la ciudad. Me vi a mí mismo mirando un día tras otro por ellas: los coches hacinados, los griteríos de la gente que busca su motivo para caminar, la vida errática desplegándose en medio de un caos medido. Y pensé que tampoco querría pertenecer ahí fuera.

-Te has quedado mudo- Ramón intentó zarandearme, pero al sacarme de mi pasmo me asusté y le empujé. Percibí que el teclear de los ordenadores había cesado de pronto.

Me disculpé por lo bajo y él asintió, magnánimo.

Aunque cuando alzó los ojos, me pareció que ascendía el acero de una espada

-Yo también tuve un primer día. Esta cicatriz me la hice en el primer encargo- me reveló, adivinando mi pensamiento de antes. Y como si fuera capaz de seguir su madeja desde que entrara en la oficina, añadió: No vas a pasar muchas horas aquí, no te preocupes. Pero con el tiempo lo vas a desear.

Algo ocurría a mi espalda. Uno de los vendedores se había puesto en pie violentamente, arrojando su silla contra la pared. Me di la vuelta y lo vi desencajado, traspasado de terror. Ramón nos observaba a ambos con una mueca divertida. Pensé que mañana mismo yo podría ocupar el lugar de ese desgraciado y me invadió un profundo pesar. ¿Cómo te has metido en esto?, me pregunté sin encontrar respuesta.

§

Juan era ese tipo de personas que saben construirse el halo de su personalidad sin pudor. Siempre vestido con una gabardina de paño gris y con un sombrero de ala, parecía haber cruzado un puente mágico desde una película de cine negro. Cuando prendía un cigarro, uno pensaba que iba a

dibujar su nombre en el aire antes de llevárselo a la boca. También había aprendido a modular la voz, de modo que entre bocanadas de humo era posible escuchar un grave sonido estático, como en un canal de radio difícil de sintonizar. Un día me estaba esperando a la salida de la cafetería *La Uni*. “¿Te apetece otro café? “ , me preguntó, y antes de que pudiera contestar ya me había metido dentro. No tenía nada mejor que hacer esa tarde, así que se lo consentí. Parecía que su único propósito era ahondar en la historia de mi nombre. A pesar de que apenas no conocíamos, pasó por encima el protocolo y comenzó directamente a alabar mi herencia italiana.

-Italia es lo mejor. Todo allí tiene un aire sobrenatural, no sé cómo explicarlo. La luz ilumina más, y desprende más sombras de los objetos. Viajar por Roma es como pasear por un enorme plato sopero de oro sobre el que pega el sol.

Me hizo gracia la imagen, y me reí mientras alzaba la mano para que detuviese la locura de su descripción. Pero no me hizo caso. Al contrario, se animó aún más por mi desacuerdo. Sus ojos brillaron y empezó a añadir muecas abruptas, como un enérgico director de orquesta.

-Joder, si hasta el idioma es sobrehumano. “La lengua de las aves”, ¿lo sabías? Lo leí en algún libro. No hay nada mejor que ir por la calle y que alguien te insulte en italiano. Estar caminando tan tranquilo y oír en la acera de enfrente que alguien te grite “lfiyo della gran mignotta!”, como si quisiera herirte con el canto de un mirlo.

-Sólo mi abuelo es de Italia- le interrumpí, aunque me divertían sus observaciones-. Yo he viajado a Milán una vez en mi vida, y tan joven que ya ni me acuerdo. Todo lo que sé de ese país me ha llegado a través de las historias del loco- se me escapó el apelativo, pero le llamábamos así desde que tengo memoria.

-Todos tenemos uno en la familia. Normalmente es un tío.

El loco con barba de esparto. Pensar en él siempre me tranquilizaba. Me ayudaba a no tomarme las cosas tan en serio. Mientras mis padres se iban transformando en sombras a mi alrededor, la memoria de mi abuelo conservaba su aureola de luz, como si la suciedad del mundo le resbalase por la piel, Y cada noche no tuviera más que sacudirse un poco las cenizas para dormir a gusto. Cuando me veía se empeñaba en contarme una historia, pero últimamente ya no era capaz de recordar nada. Me hizo prometerle que cada vez que tuviera un destello de lucidez anotara lo que había dicho para no olvidarlo. Me entretuve así unos meses, pero pronto los dos nos cansamos, y mi abuelo llegó a la conclusión de que era mucho mejor inventarse las historias, de modo que según iba hablando también iba creando con su voz algo que nunca había ocurrido, y que olvidaría en los próximos minutos. “¿Acaso hay alguna diferencia?- preguntaba divertido- mentira o verdad, de igual manera voy a olvidarlo”. Un día le encontraron en el balcón, cantando un himno republicano en calzoncillos. Yo me moría de la risa.

Cuando jugaba con sus soldados imitaba los gritos de sus muertes, que eran mucho más lejanos que los de mi madre, y bordeaban un recodo fantástico en el que podía distanciarme de aquel cuartucho en el que ella lloraba su propia muerte. Ir a visitarlo se llegó a convertir en todo un festejo, de esos de pitos, vino, estruendo y leyendas.

-Nosotros también corremos el riesgo de enloquecer - continuó Juan-. El peor enemigo del hombre es el ocio. ¿Te has preguntado qué será de nuestra vida dentro de unos años? La cosa está muy mal. Derecho apenas tiene salidas ahora. Todo está copado de niñatos con enchufe.

Asentí, sin saber a dónde pretendía llegar con las obviedades.

-Eres un hombre oscuro-me dijo de pronto-. Puedo sentirlo.

Quise argüir que qué tontería era aquella, pero mi propio estupor me frenó. Él se pellizcó la barba y asestó un manotazo a la mesa que hizo que todos en la cafetería se volvieran hacia nosotros. Se echó a reír. Entonces me habló de la venta, de que un amigo suyo que trabaja en el desguace de la esquina tenía varios contactos en no sé dónde, y que había dos puestos libres si queríamos solicitarlos. Fue parco en detalles. Lo justo para que me preguntara en qué locura de mundo nos encontrábamos. Luego me animó a salir con él esa noche a ligar.

§

Me despedí de Ramón a las puertas de la oficina y me fui decidido a meterme en casa, pero por el camino se me antojó un chocolate caliente a pesar de que ya estábamos saliendo del invierno. Disfruté su sabor como si fuera a ser el último de mi vida. Pedí la cuenta y reanudé mi camino. Ya era de noche. No pude evitar levantar los ojos para buscar algo en la oscuridad, como si pudiera hallar en el cielo esa presencia tenebrosa que Juan había visto en mí, pero la noche me pareció benévola, una amable caricia. Llegué a mi piso pensando otra vez en los cuentos del abuelo, y en su palabra capaz de alcanzar las más escabrosas puntas de la imaginación. Cuando al fin me fui a la cama pensé en lo último que me había dicho Juan aquel día remoto, tomado por la ebriedad: “alguien tiene que hacer ese trabajo. O somos nosotros o ellos”. No lo acepté al principio, ni siquiera sabía que fuese posible entrar en una empresa semejante de ese modo. Era consciente de que oficinas así debían de existir por fuerza, pero nunca habría concebido que alguien como yo, o como Juan, pudiéramos optar tan fácilmente a entrar allí. Supuse que los contactos funcionaban en todas partes, ya quiera ser uno vendedor o presidente. Empecé a dar vueltas, intentando encontrar la postura idónea para el sueño, pero me resigné y me paseé

un rato por el pasillo. Desde que estaba sin compañero de piso la soledad se había adentrado en las viejas entrañas de la casa. Siempre que abría el grifo me parecía escuchar el sonido de su risa despreocupada en el fondo, tras el espejo. No llegué a imaginar que le extrañaría de ese modo. Nadie se preocupaba ya por él, tal vez por eso yo me empeñaba en recordarlo.

Finalmente me adormecí sentado en uno de los sillones, imaginando que el sol nunca más iba a dorar mis ventanas. La experta pantera no dejaba de sonreír, Ramón me daba la bienvenida y me obligaba a ocupar el lugar de ese hombre que había visto sin aliento, en manos del horror. Imaginándome en esa silla, frente a una pantalla de tintes verdosos, caí en el sueño. Mi compañero de piso se servía un vaso de agua, lejano, mientras yo me preguntaba dónde habría ido, y si él también seguía acordándose de mí.

Mis temores fueron infundados, al menos durante la primera semana. Me limité a mirar fijamente el ordenador, lentamente la tensión fue desapareciendo para dejar paso al tedio y la rutina. A las pocas horas no pude resistirme a abrir la ventana y respirar un soplo de aire matutino. Mis compañeros me persiguieron con la vista con tanto empeño que creí que alguien me prohibiría aquel acto, que me acusarían de torturador o algo semejante por dejar entrar lo de fuera. Sin embargo el frescor nos relajó a todos. Prendí un cigarrillo y observé el exterior. Una de las costumbres de mi abuelo era subirse a los alféizares de las ventanas. Era un espectáculo verle saltar con esa agilidad insólita en el hueco desde el que podía sentir el fluir de la vida. Eso solía decir a sus atónitos testigos: “de aquí hacia la izquierda, por el Paseo Zorrilla, en donde esa viejita entra a mirar los vestidos de novia, queda el pasado. A la derecha, en esa curva que sale hacia la plaza Colón, está el futuro. Desde aquí lo contemplo todo. Soy el águila real. El jodido monarca”.

-El jodido monarca- repetí para mí junto a la ventana- Eso quiero ser yo.

§

Durante el segundo día de trabajo, Juan entró en la oficina como si le persiguiera la muerte. Su expresión era la de un hombre viejo; ya todos le considerábamos el mayor por el aspecto desatendido que siempre portaba y su barba artúrica. Le observé al pasar junto a mi silla pero tan sólo arrugó la nariz, sin decirme nada, como si un átomo de polen se hubiera cruzado en su camino. Estoy seguro de que me vio. Ramón presenció la escena, y cuando Juan hubo desaparecido en aquel despacho, asintió y se encogió de hombros como diciéndome: “¿qué le vamos a hacer, Adrián?, así funcionan las cosas aquí. No hay amigos”.

Me sentaba a esperar entre aquellas paredes en las que más valía no perderse para no caer en la locura. Era necesario detener el pensamiento, buscar cualquier cosa: una antigua canción, un billete de lotería arrugado en la chaqueta, el chiste verde que el vecino dilapidaba cada vez que se cruzaba contigo. La más mínima excusa era válida para huir de la oficina, al menos mentalmente. Olía a bollos recién hechos que llegaban de la calle como una promesa, también el humo de un cigarro caro.

-Como los cubanos- dijo alguien por allá atrás, y le oí relamerse de gusto- Los mejores del planeta.

-Yo prefiero las cubanas- apuntó otro. Las risas estallaban desbordándose. Eran aguas retenidas por un dique que estaba deseando romperse. La mayor de las estupideces servía como cualquier otra cosa.

Yo fui aceptado entre el grupo de igual manera que los esclavos aceptan a los nuevos cautivos. Me ofrecieron sus miradas compasivas, y en silencio me pareció que me querían mostrar todas las llagas recibidas a lo largo de una vida de esclavitud. Sin embargo me mantuve alejado. No

fue una decisión consciente sino la fuerza de la costumbre. Tras mi emancipación me hice a estar solo. Al principio lo pasé mal, pero siempre agradezco a aquel año el haberme enseñado a encontrar valor en todas las pequeñas cosas. Cuando uno se ve solo, tiene que empezar a creer que el secreto de la vida está en construirse expectativas diminutas. “El niño sin sonrisa”, oí que me llamaban así una vez a mis espaldas. Pero no era eso. Simplemente me costaba sonreír allí, aunque con el tiempo he aprendido que es necesario.

§

Otra vez aquí, pensé al entrar en mi apartamento.

Otra vez que dejo las llaves colgadas en el mismo sitio, y la camisa en el armario, como debe ser. “¡José!”, volví a llamar a mi compañero de piso, recordando luego que ya no estaba. Tras su partida tuve que reajustarme a la soledad. De nuevo a lo mismo, al igual que de nuevo dejo las llaves donde tengo que dejarlas, y siempre enciendo la radio cuando cierro la puerta y el silencio me parece insoportable. Era homosexual, le gustaba la literatura, y para colmo se apellidaba Cernuda. Aún me pregunto de dónde sacaba ese ánimo tan positivo que desperdigaba en todas partes. Al principio me engañó su complexión enclenque y enfermiza; parecía una ramita casi quebrada. Menudo debilucho, me dije, y el hecho de que siempre contemplara las cosas con una melancolía inagotable me hizo pensar que cualquier día iba a desaparecer por una grieta del pasado. Pero resultó ser mucho más fuerte de lo que aparentaba.

“El marica y el emperador”, nos decían, lo que a él le causaba tanta gracia. “Sí que he ido a escoger bien, ¡todo un emperador!”.

No me reveló su homosexualidad hasta después de unas semanas. “Adriano-me dijo al verme salir de la ducha un

día sólo con una toalla cubriéndome la cintura- ¿ves el sol que hace?, pues ni aunque pasaras todo el día bajo él te ibas a secar de los lametones que te daría”, y se echó a revolcar de la risa. Yo me quedé de piedra. Cuando asimilé sus palabras proseguí mi camino hacia mi habitación. “Pero qué idiota eres”. Y él me guiño un ojo, agradecido.

Desde entonces, la complicidad y confianza que me había depositado me hicieron verlo de otra manera. Al enterarme de todos los rumores que iban diciendo de nosotros, pero sobre todo de él, comprendí lo equivocado de mi primer juicio al conocerle. También resultó ser todo un portento en los estudios. Para mi suerte cursaba derecho, aunque en un año más avanzado, y se empeñó en ayudarme con el tedioso derecho administrativo, que por aquel entonces estaba a una pulsación de acabar con mi estabilidad mental. El trato fue que yo saliera con él de vez en cuando, que le acompañara a la compra, al cine algunos viernes, y a la cafetería a buscar un capuchino cuando tenía que quedarse leyendo toda la noche. Porque resultó que él también estaba solo, y que esa melancolía de todas sus miradas era el resultado de su falta de aceptación a una vida en soledad. “No todos somos como tú. Algunos necesitamos sentir el ruido de la gente a nuestro alrededor”. “Ya sé yo lo que tú quieres sentir”, bromeaba, y Cernuda exageraba gestos de mujer, que le salían fatal, y empezaba a perseguirme por todo el piso, alborozado, diciendo que me iba a matar a besos. Todo lo hacía con la ligereza de un niño.

Al poco tiempo terminé contagiándome de su euforia, por otro lado peligrosa porque tenía su contrapunto en secretas depresiones que él trataba de disimular por todos los medios. Pero yo le había visto varias veces derrumbado en la cama, con el rostro contraído por una luz invisible. Se echaba allí y empezaba a contar. Sólo eso, un número tras otro, una letanía que apenas podía encubrir su tristeza. Pronto aprendí que era mejor no inmiscuirme en esos

momentos para que sanase; como un animal llagado, se lamía las heridas y al poco tiempo estaba otra vez igual, riéndose de cada palabra. Fue fácil volver a acostumbrarme a la compañía.

Observé el desorden que reinaba en mi apartamento y recordé lo maniático que era él con la limpieza, sobre todo con los calcetines, lo que me causaba asombro y sorna por igual. “Mira qué solo está el calcetín -decía cuando se encontraba alguno tirado en medio del piso-¿de qué sirve un calcetín sin su pareja? ¿En qué pensará este pobre-y me lo traía en la mano, como testigo de su enojo-cuando le condenas a una eternidad sin ver a su alma gemela, su complemento? Hay cosas que no deben separarse nunca”. “Pero qué mariconadas son esas”, siempre le decía lo mismo cuando no terminaba de entender sus reacciones, pero él no se lo tomaba mal. Lo opuesto, aquella palabra le hacía sonreír. A veces la repetía sin parar: “maricón, maricón, maricón”, como el murmullo de un tren que le habría de llevar a alguna parte. “Dímela otra vez, Adrián. Las palabras que conservan su fuerza son las que se han dicho muy poquitas veces”.

§

Llamé a Juan por teléfono para preguntarle a qué había venido el numerito de la oficina, pero no respondió. Al cabo de una hora fue él quien me buscó a mí. Lo tenía en mi puerta a las diez de la noche, con su gabardina, el sombrero ancho, y el cigarro movedizo trazando esquemas en el aire. Venía a preguntar cómo me había ido durante los primeros días. Era ya el sexto mes de trabajo para él.

-Te lo podía haber dicho antes, si te hubieras dignado a hablarme el otro día.

Se quedó mirándome, sin perder la apostura. -Debes de estar equivocado, me confundiste con otro. Y no, no creo que seas idiota-se me adelantó, con una media sonrisa- Al

principio yo veía las mesas transformarse en rinocerontes. Es cosa de los nervios.

Dudaba que fuera posible confundir la apariencia de Juan, pero de pronto ya no me pareció importante que no me hubiese saludado. A fin de cuentas se había tomado la molestia de venir a visitarme. Era agradable escuchar los sonidos de otro en el apartamento.

-¿y José?- preguntó buscándolo en la habitación-
¿Dónde está ese pillo?

-Ya no está aquí, ¿recuerdas?

Juan frunció el entrecejo y asintió.

-Es una lástima. Ese chico traía mucha vida- ocupó uno de los sillones y me pidió un cenicero.

-¿Ya te has tenido que encargar de alguna venta?

-No es para tanto, no te preocupes. Lo harás bien- mantenía el humo preso en sus carrillos y luego lo diseminaba sobre su cabeza, en forma de arco-. Pero estoy aquí para ver cómo te ha ido a ti. Ya habrá tiempo de compartir las experiencias de este viejo miserable.

-Todavía no ha aparecido ningún nombre en mi ordenador.

Apagó su cigarrillo, y al segundo ya tenía otro en los labios.

-Sabes que tarde o temprano aparecerá, ¿no es así? ¿Cómo te sientes ante eso? ¿Te angustia la idea? Por supuesto, pero qué tonterías digo. De lo contrario no serías humano, tal vez uno de esos alienígenas que comían ratones para el desayuno.

-¿Qué pasa, es que vas a psicoanalizarme ahora?

-¿Cuánto tiempo hace que no echas un polvo?- cruzó las piernas y se recostó, adoptando una expresión exageradamente seria- Ése, amigo, es el remedio universal, la panacea de los dioses. Todos los psicólogos lo recomiendan.

-La última vez fue con tu hermana-bromeé.

-Ah, por eso es que no deja de sonreír.

Eché una carcajada, y volví a pensar en lo silencioso que se quedaba todo el apartamento sin el sonido de la risa.

-Tengo dos chicas esperando en *El Templo*-prosiguió-. Te dejaré una, ya conoces mi carácter generoso. -Me alegra que conserves el humor después de haber empezado a vender.

-No creo que haya nada a lo que el ser humano no se acostumbre, por terrible que sea. Aunque tal vez sea eso lo más terrible: saber que nos podemos acostumbrar a todo. - Incluso a lo más miserable.

-Sí... - alargó el monosílabo, persiguiendo un eco que al final la casa le devolvió.

Sentí que se había quedado sin palabras. No le ocurría a menudo.

-Incluso a no tener a José en el apartamento-dije- y a escuchar los insultos que provenían de la calle, llamándolo de todo. ¿Por qué no puedo quitármelo de la cabeza? ¿Ves?, ya estoy hablando otra vez de Cernuda.

-Porque ese marica tenía el don de hacer reír hasta a mi abuela.

-No le llames así.

-Sabes que no lo digo con mala intención. Si te encuentras decaído razón de más para que salgas con nosotros-dio una palmada y se puso en pie-. Estas dos chicas son de otro mundo. Han caído del cielo esta noche.

Accedí a ir con él hasta el bar al menos, aunque Cernuda seguía conmigo. Ahora que Juan me acompañaba aún con más insistencia se presentaba su recuerdo, era como una mancha de aceite adherida a mi ropa que de cuando en cuando resurgía por mucho que la lavase. La razón era porque nosotros tres habíamos compartido innumerables momentos juntos. A pesar de que Juan se hiciera el fuerte y fingiera que no le importaba nada, yo sabía que también evocaba a menudo nuestras escapadas por las calles luminosas de la ciudad, cuando recorríamos montados en